

# LA TERTULIA.

DIARIO PROGRESISTA-DEMOCRÁTICO DE LA MAÑANA.

Martes 11 de febrero de 1873.

NUM. 382.

AÑO III.

## LA TERTULIA.

MADRID 11 DE FEBRERO DE 1873.

### CRÓNICA PARLAMENTARIA.

#### CONGRESO.

En medio de la agitación que ayer tarde embargaba a la capital de la nación y después de esperar el Congreso largo tiempo la llegada del gobierno, que se hallaba reunido deliberando sobre la gravísima cuestión suscitada por el jefe del Estado, al fin el Sr. Figueras, se resolvió a pedir al presidente de la Cámara que abriera discusión sobre dicha cuestión.

El señor presidente del Consejo de ministros, que entró oportunamente acompañado de sus compañeros de gabinete, se encargó de contestar a la excitación del Sr. Figueras, y manifestó que iba a deffrandar la expectativa de los diputados y los numerosos concurrentes a las tribunas, pues no pensaba entrar en un largo debate. Explicó la tardanza del gobierno fundada en que éste creía que necesitaba el tiempo para deliberar y resolver sobre el conflicto pendiente y no para sostener en el Parlamento una discusión todavía inoportuna. Confesó que la situación es muy grave, extraordinariamente considerada; pero que nada ocurría, oficialmente hablando. El gobierno, dijo el orador, tiene el deber de sostener lo que constituye su honra, que son los poderes que le dieron vida, y si desaparece alguno de ellos, ha de conservar el orden público mientras le sustituya legalmente el nuevo orden de cosas que las Cortes hayan de establecer.

Obrando con franqueza y a fin de justificar su deseo de que ayer no hubiera sesión, manifestó que había ocurrido entre el rey y sus ministros. El rey dijo el sábado al presidente del Consejo que estaba resuelto a renunciar la corona, y le autorizó para comunicar la noticia a los demás ministros y a la prensa pública. El domingo insistió el rey en su resolución; el ministro rogó al rey que volviera sobre sus pasos, que comprendiera los deberes que se había impuesto y el derecho que tenía el pueblo a que desistiera de su empeño. El rey pidió veinticuatro horas o lo más que le diera para decidir. ¿Qué hay de extraño en todo esto? El gobierno no podía ni debía precipitar los acontecimientos so pena de merecer el dictado de desleales y traidores.

Rogó a los diputados el Sr. Ruiz Zorrilla que aplazaran todo debate hasta hoy o mañana, que nadie está más interesado que los liberales en procurar la conservación del orden. Manifestó su creencia de que la Asamblea no puede resolver nada acerca de lo que no está todavía sometido a su examen, y concluyó declarando que ni un segundo permanecería en su puesto, si no tuviera la confianza de la Corona y del Parlamento.

El Sr. Figueras anunció una interpelección, y habiéndole rogado el señor presidente del Consejo que no la hiciera porque no podría contestarla, el diputado republicano apoyó entonces la proposición que desde primera hora tenía presentada, pidiendo que el Congreso se declarara en sesión permanente.

Insistió el Sr. Ruiz Zorrilla en sostener lo inconveniente y prematuro de semejante resolución, y el Sr. Figueras repitió sus argumentos en pró de la sesión permanente: terciaron en el debate otros oradores pronunciando elocuentes discursos, y después de explicar el Sr. Figueras que, según su manera de entender la sesión permanente, no habría ni discusión ni acuerdos, y si sólo la mesa constituida con los diputados que quisieran permanecer, el Congreso asintió a ello sin discusión y por unanimidad, nombrando el señor presidente una numerosa comisión de todos los lados de la Cámara para que le acompañe entre tanto que la cuestión se resuelve y la nación dispone de sus destinos en virtud de su soberanía.

#### SENADO.

Las noticias que desde la mañana del día de ayer habían circulado por toda Madrid, anunciando que S. M. el rey renunciaba la corona que recibió de las Cortes Constituyentes; los rumores que corrieron relativos a los propósitos que por este grave suceso abrigarían los representantes del país, y las explicaciones que todos esperaban del poder ejecutivo, a quien se cree, y con razón, en autos de lo dicho por el rey, llevaron a la alta Cámara gran número de curiosos ávidos de conocer la verdad del acontecimiento y cuál era la actitud del gabinete en asunto de tanta gravedad, de trascendencia tanta.

La sesión, sin embargo, no se abrió hasta las cinco de la tarde. El señor presidente, Figueras, anunció al Senado que pues el día de ayer, era precisamente día destinado a preguntas e interpelecciones, algún senador desearía saber la verdad de lo que el pueblo decía, y hallándose el gobierno en el Congreso, dando cuen-

ta de lo mismo, creía pertinente se suspendiera la sesión hasta las ocho de la noche, hora en que esperaba, podría satisfacer el ministerio la natural impaciencia de los señores senadores. Acordó así, después de haber hecho uso de la palabra brevemente respecto de lo mismo los señores España, Rojo Arias y Cervera, y se suspendió la sesión a las cinco y media.

Reanudada a las diez de la noche, el señor presidente anunció al Senado que el gobierno, en comunicación que le había pasado, le manifestaba no podía asistir al Senado hasta el día de hoy. El Sr. Figueras, en vista de la gravedad de las circunstancias y de lo acordado por el Congreso, acuerdo que en otro lugar podrá ver nuestros lectores, rogó al Senado nombrase una comisión permanente que, con la mesa, quedara constituida en sesión para avisar al resto de los señores senadores si algo grave ocurriera durante el plazo dado por el rey D. Amadeo.

Nombró el Sr. Figueras dicha comisión, compuesta de veinte senadores de todos los partidos, y se suspendió la sesión a las diez y media.

#### LA RENUNCIA DE DON AMADEO.

Desde que publicamos nuestro último número han ocurrido importantes sucesos políticos que la gravedad de las circunstancias y nuestra situación especial nos obligan a relatar sencillamente, tal cual han llegado a nuestra noticia, y como los ha expuesto anoche en el Congreso el presidente del Consejo de ministros, omitiendo todo comentario.

En la tarde del sábado, y después de terminado el Consejo que se celebró bajo la presidencia del rey, indicó al Sr. Ruiz Zorrilla que desahogaba no se retirase con los demás ministros, porque tenía que conferenciar con él. Una vez solos el rey y el Sr. Ruiz Zorrilla, el primero manifestó al segundo su intención de renunciar a la corona de España en su nombre y el de sus hijos, retirándose con su familia a Italia. El ministro de la Gobernación discutió largamente con el rey combatiendo dicho propósito por creerlo gravísimo para el país, y sólo cuando el rey reiteró una y otra vez sus primeras palabras, el señor Ruiz Zorrilla se retiró para poner en conocimiento de sus compañeros de gabinete el objeto de la conferencia que con D. Amadeo había tenido.

El domingo los ministros volvieron a reunirse presididos por el rey, y cuando el Consejo concluyó, el monarca reprodujo nuevamente lo mismo que había expuesto al Sr. Ruiz Zorrilla el día anterior. Los ministros a su vez repitieron de nuevo también los argumentos empleados el sábado por el jefe del gabinete, y el rey no insistió, conviniéndose en que la cuestión quedase en suspenso por espacio de cuarenta y ocho horas, durante las cuales el rey tendría tiempo de meditar maduramente todo lo que sus ministros le habían dicho, y de ratificar o rectificar su primera resolución.

No nos toca a nosotros valorar la fuerza de las razones alegadas en pró y en contra de la renuncia, ni añadir comentarios a los hechos que quedan narrados; la situación es en extremo trascendental, y en estos casos, lo más conveniente, lo único patriótico es dejar desembarazada la acción de los poderes públicos, que son los que deben dictar un fallo a que todos estamos obligados a someternos.

Por eso, en tanto que dichos poderes no adoptan una resolución, nosotros conservaremos nuestra actitud patriótica y no suscitaremos ningún tropiezo a los llamados a decidir de los destinos de España, para que nada turbe la calma y la tranquilidad que debe presidir a sus deliberaciones en tan solemnes momentos.

#### LA CUESTION DEL DIA.

De poco tiempo a esta parte ha comenzado a ver la luz pública una serie de folletos que, bajo el común título de *Pro, agenda reformista*, tienen por objeto desvanecer los errores y las prevenciones que existen entre nosotros sobre los asuntos americanos, y recabar la extensión a nuestras provincias ultramarinas de las libertades para la Península conquistadas en Setiembre.

Hasta ahora no hemos recibido más que dos folletos, titulados el uno *La situación de Puerto Rico, las falacias de los conservadores y los compromisos del partido radical*, y el otro *Una sesión de la Tertulia radical de Madrid*. A estos han de seguir, por lo que en ellos se dice, otros trabajos cuyos epígrafos y cuyos autores son ya de por sí una seguridad de su importancia. En este número se encuentran *La situación económica de Puerto Rico*, por Sanromá; *La libertad de comercio en 1810*, por Rodríguez (D. Gabriel); *La emancipación de América*, por Labra, y *La guerra de los Estados Unidos en 1776*, por Gonzalez (José Fernando).

Los folletos que hemos recibido son a cual más interesantes, y uno de ellos, sobre todo, de precisa lectura para el que quiera estar al cabo de la cuestión más grave que hoy ocupa a la política española. Tiene por objeto principal el titulado *La situación de Puerto Rico* etc., demostrar que la política que en estos momentos sostiene el ministerio es precisamente aquella a que el partido radical estaba obligado desde su Manifiesto de Octubre de 1871; y en este camino el autor del trabajo a que aludimos, acumula las citas y los fragmentos de discursos de nuestros hombres principales y de artículos de todos los periódicos radicales de Madrid, para evidenciar que lo que hoy sucede es lo lógico y lo único compatible con la honra de nuestro partido, que no es de aquellos que sostienen una cosa en la oposición y otra en el poder.

La gravedad de estas demostraciones, que en el folleto aparecen concluyentes, se comprende considerando el empeño que nuestros enemigos tienen de hacer creer que de repente hemos cambiado de rumbo, que nuestros compromisos nos obligaban al *status quo* y a la desastrosa política del Sr. Ayala, y que carecemos de autoridad para realizar el programa de gobierno, cuyo artículo es la ley de abolición que hoy discute el Congreso. Y todo, se entiende, con el piadoso propósito de que el lector piense y sepa que la nueva política es, o resultado de las imposiciones de los audaces Estados Unidos, o de las intrigas de los cautos e infatigables diputados de Puerto Rico.

Recuérdese si no, la insistencia con que en el desairado Manifiesto de la Liga se toca este punto. El Sr. Ruiz Zorrilla estaba entregado a los voluntariosos de Cuba, y el Sr. Gasset representaba el pensamiento todo del gabinete radical, cuando afirmó en el Senado que nada haría en la cuestión de la esclavitud, precisamente la víspera de que el presidente del Consejo declarara en el Congreso lo contrario, desautorizando al Sr. Gasset.

¿Pero quién, después de todo el folleto que examinamos, abrigará la menor duda? El Manifiesto de 1871, los discursos del circo de Price, las enmiendas al mensaje en las anteriores Cortes, los artículos de los periódicos radicales de Junio de 1872, el mensaje del año pasado, todo constituye nuestra historia, y todo sirve al autor del folleto para pulverizar los sofismas de nuestros enemigos.

Todavía el folleto tiene importancia, por contener una historia tan breve como sustanciosa del partido conservador de Puerto Rico, que principió por amenazar a la madre patria en 1863, para apellidarse hoy hipocrita y grotescamente *partido español sin condiciones*. Todas sus falsedades, todas sus torpezas, todas sus inconsecuencias, todos sus manejos y sus monopolios, están en el libro a que nos referimos pintados de mano maestra, y para concluir, viene la serie de mentiras y calumnias con que ciertos periódicos de Madrid intentaron hace tres meses sorprender al público, dando a Puerto Rico punto menos que por perdido.

Casi complemento de este trabajo es el otro que contiene una detenida y concienzuda reseña de la sesión celebrada por la Tertulia la noche del 16 de Enero, con motivo de recibir a una comisión de la *Sociedad abolicionista* y otra de los *diputados de Puerto Rico*. En este volumen aparecen íntegros los discursos pronunciados por los Sres. Rodriguez (D. Gabriel) y Labra, y allí aparecen estas elocuentes palabras del último de estos dos reputados oradores: palabras acogidas con atronadores aplausos por responder a una convicción profunda de nuestros correligionarios:

«Hoy no peleamos por Ultramar: la cuestión es más grave: es de ser o no ser; lo que tenemos comprometido contra todos los hipocritas amigos de la revolución y los restos todos del bonapartismo, de la teocracia, del monopolio y de la dictadura, es la libertad de España.»

Tiene razón el Sr. Labra. La hora es de pelear por todo y contra todo. Por eso tiembla y se deshace la Liga. Pero no huirán, porque serán aplastados por la fuerza de la opinión.

#### CUESTION DEL DIA.

Como quiera que ayer lunes, siguiendo la costumbre casi general, no saliese a luz nuestro diario, y como a la vez sea nuestro mejor deseo el de poner al corriente a nuestros lectores del mayor número posible de detalles y noticias respecto a las circunstancias del grave suceso que preocupa a todas las clases políticas y sociales, recopilamos cuanto algunos diarios dijeron en número extraordinario ayer por la mañana.

La *Correspondencia* se expresaba en estos términos:

«Ayer, por razones que el público apreciará sin duda alguna, nos atuvimos de hacernos eco de un grave rumor que circulaba y que para nos-

otros era una certeza trascendental, y por eso la llamamos, limitándonos a llamar la atención sobre la importancia del Consejo para por la tarde convocarlo.

El *Diario Español*, sin embargo, levantó un tanto el velo de los misteriosos rumores que circulaban, y esto dio lugar a que muy pronto se hablara públicamente del suceso del día, si bien abultándolo y exagerándolo.

Nuestro colega daba como última noticia de su edición la siguiente:

«A las seis de esta tarde ha circulado en el salón de conferencias una noticia de tal gravedad, que no nos atrevemos a darla crédito, pero la damos a conocer por si acaso se confirma o el pensamiento no signifique adelante.

«Pero puesto que el hecho es ya del dominio público desde anoche y habrá de desfigurarse mucho, nosotros, por nuestra cuenta, y haciéndonos eco de lo que parece más verosímil, daremos algunos pormenores relativos a la anunciada abdicación del rey.

Dice que, fatigado por las contrariedades con que venía luchando, ya anteaer anunció su propósito de abandonar el trono.

Ayer por la mañana lo manifestó terminantemente al presidente del gabinete, y éste intentó en vano disuadirle.

El Sr. Ruiz Zorrilla reunió el Consejo a las cinco y a las diez volvió a reunirse.

Por consecuencia de lo tratado en el y de las indicaciones que se hacían después de la una de la noche, hora a que se retiraron los ministros, se daba por seguro que hoy se suspenderán las sesiones por dos o tres días; que después se leerá a las Cámaras la propuesta de abdicación, si el rey insistiera en su propósito, cosa que no se puede asegurar; así como parece indudable que los Cuervos Caligüelados, no sólo lo admitirán, sino que enviarán un eloquente mensaje al monarca, del cual esperan un buen resultado.

Algunas personas que se suponen bien informadas y que no se dejan llevar por las cosas a esta extrema, sino que, por el contrario, se venera el conflicto que amenaza, pues se cuenta ya para ello con el apoyo de personas de gran valía.

Así como también que si el rey insistiese después del mensaje y de los naturales esfuerzos que se emplearán para disuadirle, las Cortes harían una ley especial para el caso y el girar el gobierno que hubiera de encargarse de la regencia interinamente con arreglo a la Constitución.

Hasta aquí los rumores más verosímiles que hemos podido recoger acerca de la intentada y sólo intentada abdicación.

Respecto al estado de la opinión pública en Madrid, sólo podemos decir que la impresión fué profunda; que se hacían comentarios infinitos como puede suponerse; pero que en todos los ánimos se notó levantado el sentimiento de amor patrio y una gran predisposición a la calma en momentos en que la menor imprudencia pudiera ser perjudicialísima para el porvenir del país.

Los mismos republicanos, esperanzados más que nunca con el giro que a la política puede dar este suceso, se aconsejaban mutuamente la calma y la moderación, y este esperar todos los hombres de todos los partidos, y este consejo se oía en todos los ámbitos en medio del estupeor de que todos se hallaban dominados.

Las autoridades todas continuaban en sus puestos velando por el sosiego público, y el gobierno, olvidando que representa un partido, piensa solo en que antes que los intereses de una agrupación política esté el bien supremo de la patria.

Como siempre, procuraremos tener al público bien enterado de la verdad y de la marcha de los sucesos.

Nuestro colega *El Imparcial* adelanta algunos pormenores más, en la forma siguiente:

«A las primeras horas de la noche empezaron a circular noticias de mucha importancia, que adquirieron cada vez más consistencia y gravedad, aun cuando en definitiva nada pudiera concretarse de una manera cierta.

Tratábase de un acto gravísimo de S. M. el rey, que se refiere a la aplicación del párrafo quinto del art. 74 de la Constitución, que dice así:

«Art. 74. El rey necesita estar autorizado por una ley especial.

7.º Para abdicar la corona.

Lanzada esta indicación en los círculos políticos, era natural que produjera alarma, dando lugar a los más encontrados comentarios, aventurados muchos, otros quizás no infundados, si bien no parece que sea una resolución el acontecimiento.

Y así nos lo induce a creer el que, reunido el Consejo de ministros a las diez de la noche, para ocuparse, sin duda, de tan grave suceso, se disolvió a la una sin adoptar ningún acuerdo que indicara la inmediata resolución. A juzgar por lo que hemos oído, no hay hasta ahora más que alguna indicación que, de confirmarse, tendría que ser objeto de una ley y provocaría, como es natural, un amplio y detenido debate en el Parlamento, para dar al país una satisfacción solemne sobre las causas de acto tan grave, y nadie habrá seguramente que se atreva a prejuzgar el fallo que las Cortes hayan de pronunciar en el asunto.

Lo único que nos parece averiguado como cosa cierta, es que el gobierno ha decidido en este punto obrar con toda la prudencia y la mesura que la índole del suceso reclama, no asumiendo sobre sí la responsabilidad de ningún acto que no sea de sus exclusivas atribuciones, para lo cual mantendrá a toda costa la dignidad, la libertad y la independencia de los poderes y las instituciones llamadas a resolver en la cuestión, si llega definitivamente a plantearse.

—Como decimos en otro lugar, nada ha resuelto ni podía resolver el gobierno sobre las indicaciones que se atribuyen a S. M., lo cual confirma nuestra creencia de que, en efecto, no han pasado de indicaciones.

Así, pues, en el caso de que la cuestión se planteara en todo su desarrollo, el gobierno no podría como es natural, algún tiempo y reposo para preparar el proyecto que había de ser objeto de las deliberaciones del Parlamento, por cuyo motivo no sería extraño que, a propuesta del gobierno, se suspendieran hoy las sesiones en ambas Cámaras por unos días, durante los cuales serán convocados con urgencia los senadores y diputados ausentes.

Por lo demás, nada indica que este asunto, aun considerando su naturaleza extraordinaria, salga de los trámites regulares y ordenados que las leyes determinan.

—Después de terminado anoche el Consejo de ministros, se dirigieron los Sres. Muros, Becerra y Echegaray a casa del presidente del Congreso, señor Rivero, con quien estuvieron conferenciando más de una hora.

—El alcalde primero de Madrid, Sr. Avalos, estuvo anoche a última hora en la presidencia del Consejo de ministros.

—La fuerza que presta el servicio en la compañía de la milicia nacional fué reforzada anoche con tres compañías de voluntarios.

—Después del Consejo de ministros, los ministros de la Guerra, Marina, Gracia y Justicia y Ultramar se retiraron a sus respectivos domicilios.

—Parece que el gobierno comunicó anoche a provincias la noticia del grave suceso, objeto ayer de la preocupación de todos los centros políticos, y que al mismo tiempo se han dado instrucciones a las autoridades para que mantengan el orden público, cualesquiera que sean los pretextos a virtud de los cuales pudiera alterarse.

—A juzgar por lo que anoche pudimos observar en los lugares públicos a donde de ordinario concurren los republicanos, nada debe temerse de su actitud en estos críticos y solemnes momentos en que toda prudencia ha de ser poca para los que sinceramente aman lo más fundamental de las instituciones revolucionarias.

Y a nadie, en efecto, pudiera convenir menos provocar obstáculos y dificultades a los poderes públicos que a los republicanos, para que, a guisa de fuerza, que queriendo, cualquier conflicto, habiendo de resolverse en contra suya, como de ello tienen ejemplo, y lo que es peor, contra la libertad, aprovechando sólo a los enemigos de toda régimen democrático, que por ley de las sociedades no tardan en aprovecharse de toda situación de fuerza de todo período dictatorial, cualquiera que sea la causa que lo haya preparado.

Afortunadamente, y en honra sea dicho de la inmensa mayoría de este pueblo, no ha de flaquear calma y serenidad en la parte más imprevisible del partido republicano para esperar sin impaciencia los acontecimientos.

La *Epoca*, por su parte, exhibe el siguiente comentario respecto a los resultados que se prevén, atendidos los pormenores que preceden:

«Mucho celebraremos que el partido republicano tenga la fortuna de sobreponerse a la imaginación alarmada, y comprender que en estos momentos supremos no puede tratarse de imponer esta o la otra forma de gobierno, sino de salvar la existencia social del país contentiendo el desbordamiento de la demagogia.

Por eso no creemos que se confirme la noticia de que el Sr. Ruiz Zorrilla trate de abandonar el poder; hoy pesa sobre el gravísimo compromiso, y es preciso que las cumpla, siquiera en desahogo de los errores que nos han traído a este lance doloroso.

El patriotismo y nuestro deber de periodistas honrados exige, como en otro lugar indicamos, que nuestra misión en estos momentos solemnes se limite a narrar los hechos con cuanta verdad alcancemos, por lo cual, nada queremos añadir a lo anteriormente expuesto.

Con motivo del grave suceso, preocupación de todas las clases y de todos los partidos, desde ayer tarde se nota la intranquilidad general en todo el vecindario. El decrecimiento de los valores públicos fué inmediato, y los infinitos rumores más o menos abultados y más o menos ciertos aumentaban las vacilaciones de todos.

A poco más de las cuatro de la tarde la afluencia de numerosos grupos a los alrededores del Congreso por la calle de Florida Blanca era como el presagio de alguna turbulencia, según los más impacientes o según los más tímidos; pero afortunadamente las declaraciones del presidente del Consejo en el salón de sesiones, acerca de las medidas adoptadas en evitación de cualquier conflicto, sirvieron poco después de calmante para los agitados. Como se intentara por el pueblo penetrar en el Congreso, los diputados Sres. Figueras, Blanc y otros le arengaron con objeto de contenerlo, haciendo el primero protestas las más graves.

Al llegar el Sr. Rivero, se dispuso la retirada de algunas fuerzas de la milicia que estaban encargadas de la custodia del edificio, y el presidente del Congreso dirigió la palabra a los agrupados, preguntándoles, según dice un colega, por qué nosotros no pudimos entenderlo.

«¿Queréis la libertad?

«Si, si, replicaron algunas voces.

«Pues yo os ruego que os retireis.

«Viva la república federal! gritan algunos, ¡Y pronto, pronto!

«Esta noche quedará resuelta la cuestión,» les ha dicho el Sr. Rivero, retirándose saludado por los grupos.

La concurrencia no por esto disminuyó, siendo continuo el subir y bajar de los interesados de los meros curiosos, por la Carrera de San Jerónimo. A las siete las puertas del Congreso permanecían cerradas.



manecan cerradas y todas las avenidas llenas de gente; los comercios se han cerrado por sus dueños, alarmados con falsos rumores de acontecimientos más trascendentes; los barrios extremos exageran algo la agitación, y a las altas horas de la noche, en que escribimos, nada absolutamente se observa, ni ha perturbado el orden público, por el que, como antes consignamos, está dispuesto el gabinete a sacrificarse y morir.

El acto que se propone resuelta y decididamente llevar a cabo el monarca, que anunció al señor presidente del Consejo, y éste a los demás ministros, confirmando aquel con repentina insistencia, es el de la RENUNCIA DE LA CORONA, no el de la abdicación del poder en persona alguna, que en este caso sólo podría ser el cuerpo de representantes de la Soberanía nacional.

Decimos esto, en vista de cuanto de abdicación se ocupan los diarios conservadores, así como del acuerdo adoptado por éstos y por los moderados separadamente de pedir en el Congreso que se sigan los procedimientos establecidos por la Constitución para la abdicación del rey.

Según cuentan algunos colegas conservadores y algún diario ex-fronterizo, hay quien dice que el rey ha manifestado que desistiría de su propósito siempre que se constituyera un ministerio de conciliación bajo la presidencia del duque de la Torre; pero esos colegas, después de rechazar el dicho, añaden que no es posible semejante especie, porque en estas graves circunstancias no hay tiempo para ensayos sin riesgo de sangrientas colisiones.

A última hora decía anoche *La Correspondencia* lo siguiente, absteniéndose, por la prudencia reservada que nuestra situación nos impone, de todo comentario, respecto a la situación en estos instantes:

«El Congreso ha cerrado sus puertas por efecto de la agitación de gentes que ha hecho imposible que nos congregásemos con nuestros redactores, por lo que, y por satisfacer la ansiedad del público, cerramos en este momento nuestra última edición.

La situación de las cosas en este momento es la siguiente:

El rey se disponía a abandonar el palacio en el momento en que las Cortes toman una resolución por efecto de su renuncia al trono.

Los constitucionales aguardan al duque de la Torre para fijar su situación en vista de la marcha de los sucesos.

La mayor parte de los radicales no rechazan la república, si bien prefieren la formación de un gobierno provisional que conduzca a ella por las vías legales que facilita la Constitución.

Los republicanos, en su inmensa mayoría, quieren que esta noche misma quede proclamada la república. A ello les estimula la parte impaciente de su partido, que en gran número rodea el edificio del Congreso.

Todas las guardias han sido reforzadas, y el ministerio no descuida la conservación del orden.

En los partidos más avanzados hay verdadera desesperación de que no se perturbe.

*La Igualdad*, diario republicano, publicó ayer tarde un número extraordinario historizando y comentando el acontecimiento del día. En su primer artículo dice entre otras cosas:

«El día de hoy ha de ser fecundo en grandes acontecimientos; el partido republicano debe estar a su altura y mostrarse digno de sus principios victoriosos. No ha de creer librada y ganada la última batalla; pero puede prepararse a ella con la confianza de la victoria. El partido republicano es un partido de gobierno, porque es el gran partido nacional. Su situación le impone gran prudencia, una inquebrantable; pero le exige también una actitud firme, decidida, enérgica, y si fuere necesario, todo género de sacrificios.

Los jefes del partido, los hombres todos que por el voto de sus correligionarios han ocupado las primeras filas, están en sus puestos, quieren lo que quiere el partido: la república. Confianza en ellos, confianza en nuestro derecho y en nuestras fuerzas, seguro de que no será permitido que ni por medio ni por nada nos quedemos rezagados en el camino de la república.»

El mismo colega decía en dicho extraordinario:

«El que perturba inútilmente en tan graves instantes, es un loco o un malvado; el que no se prepara, un insensato; el que confía demasiado, un necio; y el que vacila en el momento del peligro, un ciudadano indigno de la libertad y de los derechos del hombre.»

Ayer recibimos el telegrama que a continuación insertamos con satisfacción especialísima: «Oreñe 9 Febrero.—Señor director periódico *LA TERTULIA*.

Celebrada hoy numerosa manifestación apoyo abolicionista inmediata esclavitud. Partidos republicano y radical rivalizaron celo; entusiasmo.

Vicepresidente comité abolicionista, García.

De nuestro colega *La Política*, periódico de la noche, tomamos lo que sigue:

«Hay cuatro proposiciones presentadas sobre la mesa:

1.ª. Para que las Cortes acuerden no suspender sus sesiones, aunque lo pida el gobierno.

2.ª. Para que el Congreso se constituya en sesión permanente hasta que se resuelva la grave crisis pendiente.

3.ª. Para que la Cámara se declare constituida en Convención.

4.ª. Para que se proclame desde luego la república, se constituya un directorio y sean convocadas Cortes Constituyentes para determinar la forma de esa república.»

Leemos en *La Correspondencia* de anoche:

«A las cinco de la tarde algunos de los carcos que rodeaban el Congreso empezaron a agitarse y a dar vivas a la república. Los diputados se mostraban impacientes, porque el ministerio no llegaba.

El tumulto fué creciendo y el Sr. Figueras tuvo que arreglar a las turbas, aconsejándoles como diputado federal y a nombre de sus compañeros, que tuvieran calma, y les prometió que del Congreso saldría la proclamación de la república a ellos muertos.

A esta hora (las cinco y media), llegaron algunos ministros y el Sr. Rívera que también había estado con ellos en consejo.

El Sr. Rívera les arregló también para calmarlos, y hablando a nombre de la soberanía nacional y de los derechos del pueblo.

El Sr. Oyon también les habló, y el general Nuñez, que estaba con ellos, les aconsejaba asimismo que se retiraran.

El Sr. Sorri contribuyó también a persuadirlos, diciéndoles que ellos estaban allí para representarlos.

También les habló el Sr. Carmona, diciéndoles que la Milicia está con el pueblo.

Un republicano de la multitud subió a la tribuna, aconsejándoles en el mismo sentido; pero las turbas insistieron, lo mismo que después de exhortarles el general Nuñez, que les encargaba que fueran a sus barrios.

El tumulto creció y eran las seis.

Varios amigos del Sr. Echegaray (D. Miguel) le obsequiaron el domingo con un almuerzo en

Fornos, felicitándole por el magnífico discurso que ha pronunciado defendiendo la abolición de las quintas.

El pensamiento fué iniciado por D. Gustavo Morales Díaz, asistiendo al banquete los señores Escobar, Calabate, Serrano, Muñoz, Gallego y otros muchos que no recordamos.

Leen los periódicos de Barcelona que el último miércoles se hizo a la mar para las islas Filipinas por la vía del canal de Suez la fragata de guerra *Concepción*, de 32 cañones y 600 caballos de fuerza, al mando de su digno comandante, nuestro compatriota el Sr. D. José Maimó y Roig.

El buque, según tenemos entendido, debe hacer escala en Malta y en Port-Said, donde se detendrá algunos días a fin de que diez y seis guardias marinas que conduce a bordo puedan verificar una excursión instructiva al Cairo y visitar las Pirámides y otros célebres monumentos de Egipto. Van también en la *Concepción* en clase de pasajeros unos veinticinco oficiales de ejército destinados a Filipinas, algunos de los cuales es regular aprovechen también tan buena ocasión para visitar aquellos famosos sitios.

La *Concepción* tenía a su salida del puerto el calado de unos siete metros, que será menor por el combustible de que se habrá aligerado a su llegada al istmo, cuyo pasaje no creemos le ofrezca dificultad, por haber atravesado el canal muchos buques que calaban más de siete metros.

Si no nos equivocamos, la *Concepción* es el segundo buque de guerra español de gran porte que habrá atravesado el canal de Suez, habiéndolo efectuado el primero, a poco de su inauguración, la fragata *Berenguela*.

## NOTICIAS GENERALES.

La provincia de Zaragoza ha quedado limpia de facciones, pues la única que existía era la de Camarín, y ésta ha pasado el puente Alcaide, internándose en la provincia de Lérida, perseguida por la columna del brigadier Arrando.

Ayer no se ha permitido entrar en el salón de conferencias del Congreso más que a los diputados.

Dite un periódico que el gobierno comunicó anteañoche a provincias la noticia del grave suceso, objeto anteañoche de la preocupación de todos los centros políticos, y que al mismo tiempo se han dado instrucciones a las autoridades para que mantengan el orden público, cualesquiera que sean los pretextos a virtud de los cuales pudiera alterarse.

Ha salido para Granada y Sevilla el ex-capitán de la provincia de Madrid, que va a tomar posesión de la presidencia de sala de esta última audiencia.

La facción Canals pasó anteañoche por las inmediaciones de Raynosa, desfilando a causa de la constante persecución que se le hace. Ayer se le ha visto separado unos 50 hombres, según han dicho un sargento primero y un individuo que se han presentado a indulto al brigadier Arrando en Os.

A las cinco de la tarde de anteañoche salió de Valencia para Granada el primer batallón del regimiento del Infante.

Las calles principales del centro de Madrid se hallaban ayer tarde atestadas de gente, ávida de conocer con exactitud la verdad de los acontecimientos.

Según *La Epoca*, atribuyese al cabecilla Zanzarén un hecho reciente, el de haber secuestrado un niño de quince años, hijo del alcaide Ros. Este se ha apoderado a su vez de una hija de Zanzarén, y habían mediado comunicaciones hasta ahora sin resultado.

Anteañoche llegó a Valencia el capitán general.

Entre los oradores que han hablado a las masas reunidas delante del Congreso en la calle del Florín se cuenta el Sr. Castelar.

Muchos republicanos de los más conocidos en los barrios extremos se presentaron y dijeron que mucha de la gente allí reunida no era republicana, y que sus verdaderos amigos estaban en su puesto cumpliendo con su deber y esperando el resultado del acuerdo de las Cortes.

De San Sebastián dicen con fecha 5: «En Azcoitia hay dos carlistas presos y heridos: uno, Isidro Uribe, de aquel pueblo, con herida grave en la clavícula izquierda, que fué el que amenazó al pueblo de Azcoitia con incendiar las casas con petróleo si no hacían salir a los carabineros, los cuales le hirieron al día siguiente en aquella jurisdicción; el otro, Julian Maidagan, de Archañeta, de la partida de Guleitia y sobrino del cabecilla Maidagan.

Los voluntarios de San Sebastián han conducido a aquel hospital, herido, al conocido carlista *Chapelarri*, uno de los de confianza del cura Santa Cruz.

El cura de Oro va vestido de sacerdote francés y Santa Cruz de paisano. El joven secretario de este, que es el que lleva los fondos, marcha siempre a su lado por si fuere necesario.

El día 5 se suicidó en San Sebastián un carabiniero.

Se han concedido indultos de las penas que pudieran imponerse a los Sres. Pérez Lirio y otros redactores de *El Universal*, en causa que se les seguía por delito de imprenta.

Parece que una corporación semi-oficial de Valladolid trabaja para ver de celebrar en setiembre una exposición agrícola ganadera de las comarcas castellanas, y que comprende también las artes, industria y comercio.

Los jefes del partido republicano están haciendo esfuerzos para que por parte de sus amigos no se produzca ninguna perturbación prematura, siendo la palabra de orden de que nunca ha estado más próxima que ahora la proclamación de la república por medio del orden y de la marcha natural de los sucesos, siempre que no se crean amenazas de los intereses conservadores.

Desde anteañoche se reforzó la prevención de la milicia nacional con medio batallón de la misma.

Se asegura que el Sr. Ruiz Zorrilla está decidido a acompañar al rey a Italia y a renunciar a la vida pública.

Todos los puestos de orden público estuvieron también anteañoche reforzados por disposición de la autoridad civil.

Han visitado al rey ayer mañana algunos hombres políticos de sus amigos particulares; pero le han hallado firme en su intención de abdicar.

Ayer por la mañana han visitado al rey el consejo de Estado en pleno.

Se cree que le ha instado para que conserve el trono, pero sin éxito.

Ayer mañana ha visitado a encargarse de la capitulación general de Valencia el mariscal de campo don Velarde.

Los comandantes de voluntarios, en su reunión de ayer mañana, han acordado estar a las órdenes de los alcaldes.

La fuerza que presta el servicio en la comandancia de la Milicia nacional fué reforzada desde anteañoche con tres compañías de voluntarios.

La decisión del rey respecto a su marcha parece completamente irrevocable.

La *Gaceta* de ayer publica las siguientes noticias referentes al movimiento de Eritrea:

«Burgos.—Por fuerza de la Guardia civil fué alcaide ayer en Mahamud la partida carlista de José Ortega, sorprendiéndola en un mesón.

Quedaron prisioneros el cabecilla y dos individuos más de la partida, y se les cogieron cuatro caballos y varias armas.

Castilla la Nueva.—El capitán Maquiza, con la columna de su mando, batió ayer en la provincia de Toledo a una pequeña partida de doce hombres, a la que hizo dos prisioneros, que resultaron ser soldados desertores del regimiento de Talavera, y le cogió cuatro caballos, 2800 rs. y algunas armas y efectos de guerra.

Cataluña.—El coronel Cabanetty batió anteayer a las facciones Savatés, Ortíz y fuerzas de Huguet, en número de unos 700 hombres, desalojándolos de las montañas de Cursá, Bana, Vidra y Arribas de la Gual, y consiguiendo dictarles, con pérdida de cuatro muertos y gran número de heridos. La columna tuvo ocho heridos y nueve contados, entre ellos un capitán.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra para dirigir una pregunta a la mesa.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. FIGUERAS: Como que comprenderá a todos los señores diputados, yo quisiera que se acordara al respecto del señor presidente, y creo que al saberlo lo comprenderá el país también, que es altamente indeseable lo que está pasando hoy. Estamos en una crisis profunda, en que se libra la suerte de la libertad, y, sin embargo de la paciencia, de la longanidad de los señores diputados, estamos huérfanos de gobierno. Jamás cuando ha habido crisis, no ya de instituciones, que estas son pocas frecuentes, sino simplemente ministeriales, ha faltado el gobierno. Los señores ministros, y a hora de hoy, están latente (qué digo la tentación) cuando es público, y sabido que se trata de una crisis de la institución monárquica, es en verdad vergonzoso que el gobierno no esté en su puesto para responder a las interpelaciones que tenemos derecho a dirigirle.

Yo pregunto, pues, al señor presidente, si está resuelto a dirigir al gobierno el correspondiente llamamiento para que venga a responder a nuestras preguntas en el seno de la representación nacional, y si viene, que separemos a nosotros, que somos los representantes de la primera soberanía nacional, que está sobre todos los poderes, hemos de resolver por nosotros mismos.

El Sr. PRESIDENTE: He llamado al gobierno una perdon de veces, y esta será la última. Respecto a la segunda cuestión, el presidente resolverá cuando o tenga por conveniente.

(En este momento entran los señores ministros en el salón.)

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Me han dicho que el Sr. Figueras ha hecho una pregunta al gobierno. Tratándose de la situación en que nos encontramos, que es grave, (el gobierno no tiene interés en ocultarlo), no quiero contestar al Sr. Figueras por los informes que le han podido dar sus amigos; y aunque el Sr. Figueras tiene derecho a dejar consignada su pregunta para que el gobierno la conteste cuando le crea conveniente, como supongo que V. S. desea le conteste en el acto, le suplico que reanuda lo que ha dicho, para que yo pueda contestarle.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Presindiendo del exordio, que no hay para qué repetir, he preguntado, no al gobierno, sino a la mesa, si estaba dispuesta a llamar al gobierno; y en caso de que no viniera, a hacer que nosotros adoptáramos por nosotros mismos la resolución que convenga a los intereses de la patria en las gravísimas y solemnes circunstancias en que el país se encuentra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: De supongo, señores diputados, que yo voy a defender en momentos tan solemnes la situación y la expectativa de la Cámara y del público, que ha venido a las tribunas en busca de grandes emociones, porque voy a contestar muy sencillamente al Sr. Figueras. El gobierno no ha estado aquí, porque está seguro de que no hay un sólo diputado ni un sólo español que no crea que el gobierno no puede asistir en este momento a estos debates, y tiene que estar reunido y que discutir y acordar para procurar que se consiga el fin que ha dicho el Sr. Figueras.

S. S. ha dicho que la Asamblea, como si fuera única, como si no hubiera otra Cámara con iguales derechos y con iguales deberes, debe proveer a lo que convenga a los intereses de la patria y de la libertad; yo pregunto: ¿para qué? ¿Qué ocurre? (Algunos ríen.) Las circunstancias son solemnes, y perdónen los que se ríen que les diga que estos momentos nos son oportunos para interrumpir a nadie, y menos al presidente de un Consejo de ministros que está dando ciertas explicaciones.

¿Qué ha ocurrido? ¿Qué sucede? Ocaso muy grave: la situación es muy grave, muy comprometida para todos y para todos, extrañamente comprometida; pero no hay nada que yo deba resolver ni ventilar en el terreno oficial, y nadie tiene derecho a ser precipitado, ni exigir una resolución hasta que sea preciso y conveniente tomarla.

Extremadamente grave ocurre? Presentada una proposición sobre la mesa, buscada firms, deliberada sobre ella, y veréis que no hay motivo para hacer nada; no hareis más que provocar una discusión inútil, que el gobierno ha querido evitar, y que sólo tiene disculpas en nuestro carácter meridional, que nos hace desear tanto más las cosas, cuanto más lejos estamos de conseguirlas, y tener tanta menos reflexión para obtenerlas, cuanto más tarde se llega a la ocasión.

Porque hoy ocurre nada; pero este es un gobierno que se debe a la lealtad de sus convicciones, a la franqueza de sus propósitos, a la firmeza para sostener lo que constituye su honor, y en este momento su honor es sostener los poderes que le dieron vida, y si alguno de ellos hubiera de desaparecer, conservar el orden público para salvar los intereses sociales; y una vez sustituido el poder que desaparece, el gobierno dejará su puesto, y cada uno de sus individuos seguirá al director que le marquen sus antecedentes y su conciencia.

Y como ante todo el gobierno debe ser franco, va a decir a la Cámara lo que ocurre, para que la Cámara vea si ha hecho bien o no venir aquí y en donde que esta tarde no hubiera sesión, para no verse precisado a dar contestación a las interpelaciones que se le pudieran hacer. Vamos a la cuestión extraordinaria. S. M. el rey, anteañoche, al terminar el Consejo de ministros, dijo al presidente que estaba resuelto, firmísimamente resuelto a renunciar la Corona. El presidente del Consejo de ministros no tiene que decir lo que contestó a S. M. Contestó lo que cumple al presidente de un gobierno que ha nacido por su iniciativa, y en quien cree y la ordena siempre que podría en paz encontrar la libertad y el orden bajo la dinastía de Saboya. Si hay quien

crea que eso puede conseguirse caminando por otros derroteros, sigalos en buen hora. El gobierno no lo crea.

El rey me dijo esto; yo tuve que preguntarle dos cosas: primera, si me iba a decirlo al Consejo de ministros; segunda, si a consecuencia de haberlo mayor o menor número de personas, me autorizaba para afirmarlo o desmentirlo. El rey me autorizó para decirlo a mis compañeros, y no me dijo que debiera desmentirlo en la opinión pública. Si dijese, pues, a los que conmigo formaba el gabinete, y no es de la competencia de la Cámara el saber lo que pasó en aquel Consejo de ministros.

Tuve la honra de volver a ver al rey, é insistió en su renuncia, repitiéndome el encargo de que así se lo dijera a mis compañeros, para que proveyésemos a las necesidades del orden público en las eventualidades de lo que aquí pudiera suceder. ¿Qué iba a acordar un gobierno monárquico constitucional? ¿Qué iba a acordar hombres que debían a la patria su existencia política como ministros? ¿Qué iba a acordar el gobierno, que me autorizaba para afirmarlo o desmentirlo, que me autorizaba para decirlo a mis compañeros, y no me dijo que debiera desmentirlo en la opinión pública. Si dijese, pues, a los que conmigo formaba el gabinete, y no es de la competencia de la Cámara el saber lo que pasó en aquel Consejo de ministros.

Lo que acuerda el último de los individuos de una sociedad, cuando va a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que, tienen la profunda fe en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo. Acordó el gobierno replicar al rey, rogándole que volviera, sobre sus pasos, que examinara la situación en que el país se encontraba, que comprendiera las grandes dificultades que se le habían impuesto al aceptar la corona y los derechos que el pueblo español tenía, independientemente del examen de aquel acto; los derechos que el pueblo español tenía, sabiendo sus condiciones de valor y de abnegación; que desistiera de su propósito y que no llevara a cabo ni en esta situación ni de después, pero menos en esta situación, un acto de esta naturaleza. Acordó el gobierno además, que si para que el rey volviera sobre sus pasos era necesario que el gobierno entero presentara su dimisión, el rey eligiera otro de esta mayoría de las Cortes.

Este gobierno no lo «chistaba» sacrificio fingido. (Se ríen.) No se ha de costar a nadie dejar de ser gobierno en un país tan perturbado como este pobre patria española. Le dijo también que podía modificarse el gabinete, y no tuvo necesidad de decir que se le daba para que continuara al frente de la nación debía cambiar de política, era enteramente libre de hacerlo; pero esto se le recordó, porque, digan lo que quieran, los que tanto han intriguado para que vinieran a esta situación, cuando la dejaban, cada uno aseguró el camino que tenía por conveniente para todos ellos explicar ella y honrarla, los motivos de su conducta.

El rey, solicitado por el Consejo de ministros y por la agitación que había producido en Madrid esta situación difícil en que nos encontramos, después de oír a los individuos del gabinete, dijo al gobierno: «mi resolución es irrevocable; tengo razones y motivos para que lo sea; pero puesto que el Consejo de ministros, que merece mi confianza, me indica los males que pueden causar sobre sí, yo le pido que me aconseje un sólo hecho, y que lo haga a lo sumo a los cuatro y ocho, para que yo pueda o no acceder a los ruegos del Consejo de ministros.»

¿Qué hay aquí, señores, de raro o de excepcional? ¿Qué hay aquí más que el cumplimiento de un deber de dignidad y de reflexión por parte del monarca, y un deber de dignidad y de decoro por parte del gobierno? ¿Qué habrían hecho en estos casos los mismos republicanos? Los mismos republicanos, ¿se atreverían a decir a esta petición? ¿Se atreverían a decir a decir al Sr. No, señor, no accedemos a eso, no queremos eso?

Tratándose de individuos particulares de ciertas opiniones, la calificación hubiera sido de impaciencia; tratándose de individuos de un gobierno, la calificación sería de deslealtad y traición con premeditación y alevosía. Nosotros no queremos pasar por traición ni deslealtad ante el rey ni siquiera ante el último ciudadano de los españoles.

Aquí tenéis, señores, esta cuestión gravísima. ¿Que hay impaciencia y deso de que esto se verifique? Yo digo a cada uno en su opinión; pero emitiendo ahora la mía, creo que los que así piensen desear que cuanto antes desaparezca la libertad y venga el caos, del cual todos confían en sacar la luz, y a mí me parece que no la ha de sacar nadie; y que si esto se verifica, no hemos de ver nosotros días de paz y prosperidad para este país.

El Sr. PRESIDENTE: Dispense V. S. un instante. Siendo pasadas las horas de reglamento, se va a preguntar si se prolonga la sesión.

El Sr. PRESIDENTE: La Cámara resolvió en sentido afirmativo.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No debo haber impaciencia. Si el momento llegara a la renuncia se hace, el Congreso tiene dentro de la Constitución, y aun cuando no lo tuviera dentro de la Constitución, tiene dentro del reglamento, la manera de examinar y discutir el asunto con la amplitud que en esta Cámara se discute todas las cuestiones. ¿Que hay en situación tan grave, en momentos tan difíciles que pueda obligar a que nos manifestásemos impacientes? ¿Que resolución se va a pedir a esta Cámara? ¿No está el rey en la plaza de Oriente? ¿No hay un gobierno responsable? ¿No hay los señores ministros que discuten y deciden? ¿Se quiere que bajo la impresión del momento se adopte una determinación cualquiera que indique al que habita en el palacio de Oriente que debe marcharse cuanto antes, porque corre peligro si no lo hace? Seríamos nosotros los hombres más miserables si eso consintáramos o tolerásemos. No; aquí cada poder tiene marcada su órbita dentro del pacto constitucional.

Cada partido tiene derecho a pedir lo que crea conveniente; el republicano está en el suyo si considera que ha llegado el momento de que por debilidad o por miedo esta Cámara monárquica vote lo que considere más oportuno, aun cuando obra a lo que no es su deber, porque nunca la precipitación puede dar buenos resultados; todo esto reconocido; lo que no reconozco y contra lo que yo protesto, sería contra aquellos diputados que habiendo venido monárquicos constitucionales, contribuyeran a que se tomase una resolución que indicara que habían sido tan débiles y tan pequeños que se despidían del sol que les había calentado, para saludar al sol naciente. (Varios señores piden la palabra, y entre ellos los Sres. Ramos Calderón y Laguarda.)

Yo no he dicho, si eso sucede, lo que haré, ni quiero explicar por qué tiempo voy a estar en que me explaye; pero quiero hacer esta protesta en nombre de mi honra y de mi decoro, contra toda imposición que pudiera venir, aunque no de aquí, y manifestar que preferiría mil veces morir como ministro en el cumplimiento de mi deber, a que pudiera creerse que por un instante siquiera había albergado en mí la idea de la traición o de la debilidad ante circunstancias tan graves.

No quiero entrar en otras consideraciones. Cuando la cuestión venga, si viene, cada uno aceptará la responsabilidad que le corresponda; entre tanto, el gobierno tiene que hacer presente para satisfacer la ansiedad del país. Vuestros juramentos si hemos hecho bien o mal; mientras tanto, suplico a los señores republicanos en primer término (a los amigos de la mayoría nada tengo que decir; a los conservadores ya verán de qué manera se consolida una dinastía, arrojando un rey cada tres años); suplico, digo, a todos, que no tengamos debate sobre una cosa que se ha de reproducir mañana o pasado mañana, porque perderíamos un tiempo que el gobierno necesita para acudir a otras atenciones. Suplico además, y esto a todos, no ya sólo a los señores republicanos, que tienen muchas pruebas de corrupción, y esto a todos, a recordarle que no hay nada que más perjudique las perturbaciones del orden público que a los que desean la realización de la idea por el derecho, que pongan todos los medios que estén a su alcance para que el orden pú-

blico no se altere. A los demás partidos, a los que están fuera de la revolución, a los que se acomodan a la misma representación, a los que se acomodan a lo que han de lo que quieren, que el medio de pasar a la izquierda al momento supremo, me ha de compensar de todos mis disgustos y de todas mis amarguras. (Piden la palabra los Sres. Esteban Collantes, Salaverria y Bugallal.)

Para uno y para otro tengo el deber de decir a la Cámara, que sean las circunstancias que quiera, y sea el momento que quiera, que pueda tenerse el orden público, las instituciones y la libertad. Voy a concluir, sabiendo haber molestado a la atención de la Cámara y rogando a ésta que no desista ni un instante. La Asamblea no puede resolver nada acerca de una cosa que no está sometida a su discusión; podrá manifestar una aspiración, indicar un deseo; podrá apreciar un hecho de esta ó de la otra manera; pero no puede adoptar resolución alguna. Vivimos bajo un régimen constitucional, ocupamos este puesto porque tenemos la confianza de la Corona y de las Cortes; si hay alguno que crea que esta Cámara, de la noche a la mañana puede pasar de monárquica a republicana, que lo diga; (El Sr. Damato: Aquí hay uno. Oigo decir que hay uno y nada tengo que contestar, porque está en su derecho; y si la mayoría se halla en ese sentido, que lo diga; si opina de esa manera, que lo exprese.) (Varios señores: No, no.) (Señor Sr. FIGUERAS: No se puede interrumpir de ese modo.)

El Sr. PRESIDENTE: Tampoco se puede interrumpir al orador.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Yo he pedido que se aplazase este asunto para el momento y sazón oportuno; si hay quien crea que debe traerse antes, tráigalo en buen hora, sin responsabilidad para el gobierno. Baste seguir pensando que es monárquico-constitucional, y que se halla en esta posición por la voluntad del rey y por la de la mayoría de los Cuerpos Colegiados. No es esta noche cuando debe hablarse de estas cuestiones; es posible que venga, y en ese caso, cada uno de ellos, y por lo mismo, sigue pensando el gobierno que no debe entrar hoy en un debate que no tiene razón de ser. Sentiré que haya motivo para que ese debate venga; y después de aplicarlo otra vez que se ayude al gobierno, para sostener el orden público, concluyo diciendo que ni a minuto, ni a segundo permanecerá el gobierno en este puesto; si teniendo la confianza de la Corona, no mereciera la de las Cortes.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Figueras, a la práctica parlamentaria de S. S. apelo. Su señoría sabe que no se puede abrir un debate con motivo de una pregunta.

El Sr. FIGUERAS: Puesto que al señor presidente apela a la práctica parlamentaria, le recordo que con motivo de una pregunta sobre cualquier crisis ministerial se ha soldo promover un debate. Creo que el gobierno, que por boca de su presidente nos ha hecho aquí una historia lastimosa, es el primer interesado en que este debate se abra, y que los momentos actuales no son para detenerse en dificultades formularias.

Yo pregunto, pues, al señor presidente de la Cámara si me permite continuar el debate, y al gobierno si quiere que conteste al señor presidente del Consejo de ministros, sin necesidad de anunciar una interpelación ni de presentar una proposición. En caso contrario, anuncio desde luego una interpelación.

El Sr. PRESIDENTE: No es el gobierno el que dirige las discusiones, el presidente es el que anuncia una interpelación. Concedo la palabra al señor presidente del Consejo de ministros para que diga si quiere contestar en el acto.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El gobierno crea que necesita todo su tiempo para reunirse, y para acordar lo que le parezca más conveniente a los intereses del país, que están por encima de los intereses de todos los partidos; y tiene que decir al Sr. Figueras, contra su propósito, que no puede contestarle. Aún ha de hacer más tarde la lección de la historia, que es el fundamento de presentar una proposición. Si a pesar de eso la presenta, ¿qué ha de hacer el gobierno? No tiene más remedio que defenderse de los ataques que le dirige el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: Mucho placer tendría en acceder al ruego del señor presidente del Consejo de ministros; pero si accediera, sería el hombre más criminal del universo. Por encima de la amistad que me liga a S. S., está la patria, cuya suerte se está librando aquí en estos momentos. Tengo sobre la mesa una proposición pidiendo se declare al Congreso en sesión permanente, y habiendo la presentado antes de entrar en la orden del día, pido al señor presidente mande dar lectura de ella.

El Sr. PRESIDENTE: Se va a dar lectura de la proposición.

El Sr. SECRETARIO (Morayta): De es así: «El Congreso, en vista de la gravedad de las circunstancias, se declara en sesión permanente.

Palacio del Congreso 10 de Febrero de 1873.—Estanislao Figueras.—Antonio Ramos Calderón.—Francisco J. y Margall.—Luis de Molin.—Nicolas Salmerón.—José de la Cruz.—Juan López.—Paugeter.—Joaquín de Huelvas.—José M. Párrido.—Emilio Nieto.—Miguel Mathet.—Juan Anglada.—El marqués de la Florida.»

El Sr. PATIÑO: Pido la palabra para dar explicaciones acerca de mi firma.

El Sr. PRESIDENTE: No le permite el reglamento.

El Sr. PATIÑO: Pues retiro mi firma.

El Sr. MATHET:







